

LA REGENTA

provinciana el espacio predilecto de los literatos decimonónicos y después sirvió de caldo de cultivo de la «ficción» histórica del franquismo. El demográfico ya no es el sector determinante. De la misma manera que tener menos tráfico, oficinas, políticos, cafeterías, funcionarios, cines, lugares de diversión o restaurantes de cuatro tenedores, no puede entenderse ya como hecho diferencial digno de tal nombre. El problema es que esos tráficos, oficinas, políticos, cafeterías... son los mismos en todas las ciudades del mundo. El que a unos les fascine más que a otros las grandes aglomeraciones urbanas es mera cuestión de estética personal, pero no de filosofía trascendental, como algunos todavía pretenden. Aquella idea vejatoria de lo provinciano estaba justamente fundada en la pertinaz ausencia de información que sufrían las pequeñas ciudades, y las diferencias que ahora mismo pueden establecerse entre la vida cotidiana en provincias o en Madrid ni siquiera dan para un par de folios con destino a la hucha de plata. El interés de estas distinciones es en la actualidad prosaicamente sociológico después de haber sido espléndidamente novelístico. Ahora, como mucho, se trata de saber si en provincias estamos ante una situación en la que predomina lo administrativo, lo fabril, lo agrario, la emigración, el paro o las dietas ricas en calorías. Sin tampoco negar que todavía pueda haber por ahí ciertos diferencialismos de corte decimonónico que se conservan como oro en paño, aunque mucho me temo que eso forme parte del marketing publicitario para atraer el turismo literario, o se trate, sencillamente, de un bien representado simulacro para maquillar la insostenible e inevitable repetición.

Pretender como a veces oigo, que la vida en provincias sigue siendo más rígida que la de las grandes aglomeraciones, con un control social agobiante, es ahora mismo un tópico de la misma calaña que el de sostener la suavidad de la existencia provinciana, con relaciones interpersonales más intensas y auténticas, y un mayor patrimonio de tiempo libre. La provincia ha dejado de ser el discurso de la burguesía y, en consecuencia la condición provinciana hace tiempo que no está relacionada con el *ius solis*, sino con el tipo de informaciones que seleccionamos y enviamos al cerebro. La información, como la esfera espantosa de Pascal, es hoy un monstruo ubicuo que tiene un centro que está en todas partes y su circunferencia en ninguna. ■ J. C.

EL PARAISO ES NUESTRA INFANCIA

MANUEL VICENT

A partir de cierta edad el paraíso es la propia infancia, un espacio rural o provinciano, que los cuarentones llevan en un entresijo del cogote. El paraíso es un conjunto de lejanos sabores, colores, sonidos, paisajes y caricias, o sea, los cinco sentidos corporales estilizados por una memoria anfibia, las natillas de la abuela, el membrillo del armario ropero, el grito de la gaviota o aquella musiquilla del fox-trot, la alberca de agua verde con libélulas y campanillas moradas, los juegos eróticos en las noches de verano saltando la raya de la luna.

Esta intimidad la llevaba cada cuarentón en su cogote, pero hacia mitad de los años 60 con este material comenzó a montarse una industria de las nostalgias que iba de la silla de enea al cántaro tosco, del Rascayú a los ejercicios espirituales con un ramito de albahaca en el misal. Fue una reacción estética contra la producción masiva de cacharros de plástico, el diseño en serie, las promociones agresivas de los grandes almacenes, el bombardeo televisivo, la uniformidad de gustos bajo el aplastamiento consumista.

En medio de aquella euforia cuando la felicidad, al parecer, consistía en vivir sentado en la corona de la Cibeles con cuatro tarjetas de crédito en la cartera y cien letras de cambio aceptadas llegando por el aire, de pronto por los corrillos culturales de Madrid se extendió la excitante noticia de que cierto intelectual había comprado una casa de pueblo, con corral de gallinas incluido, y la había reformado a su gusto de manera que donde antes estaba el pollino ahora había un sagrario adquirido a un anticuario de Arévalo para guardar el whisky y había aprovechado el pesebre como estantería donde

relampagueaba la Estética de Lukacs, y cosas así. No era eso lo peor. La provocación de los nuevos estetas alcanzó el escándalo cuando se tomaron el asunto como un caso sociológico y comenzaron a realizar cada fin de semana el número de la pana que consistía en vestirse de paleta con boina y cachaba y echarse fuera de la capital a descubrir iglesias románicas, puentes de la teja, ruinas de acueducto y puentes visigodos. Ningún novelista, pintor o cineasta de la nueva situación dejaba de presumir de que en un puertecito de mar tenía un viejo pescador que le preparaba los anzuelos o de que había descubierto a un cabrero filósofo en una quebrada inaccesible.

En los apartamentos del progresismo comenzó a entrar la loza a inicios de los 60 y enseguida vino la furia para recuperar mecedoras antiguas, palanganceros, cantareros, almireces, planchas de carbón, fuelles de chimenea, cazuelas de cobre, estribos medievales. Eso sucedía en los círculos intelectuales de Madrid y Barcelona donde los nuevos estetas cada domingo hacían una descubierta hacia el pan con tomate o el cordero asado, hacia todo lo que no se había movido desde los tiempos de Wifredo el Velloso.

Durante esa década en los pueblos se generó el movimiento contrario. Lo he visto con mis ojos en la propia tierra de Valencia. En el fervor consumista del 60 lo primero que desapareció de los campos de Valencia fueron las jacas, los carros de labranza, los rocines, los mulos, los pollinos, cualquier tiro de sangre, además de las gallinas, los patos y los conejos. Visto y no visto no quedó ni uno. A veces me he preguntado a dónde habrá ido a parar aquella caballería rusticana, con sus arreos, carretas, tartanas y sus correspondientes veterinarios que eran herreros. Yo he conocido todavía en los pueblos de Valencia con su profundidad económica la relación erótica del labrador y su caballo,



las lágrimas desconsoladas ante su muerte, las caricias más sutiles entre ellos. De un día para otro se esfumaron los relinchos de nuestra niñez que fueron sustituidos por el petardeo de las mulas mecánicas.

Lógicamente al desaparecer el caballo comenzaron a transformarse las casas de labranza que ya no necesitaban entrada de carro hasta el corral. Así se cubrió el suelo con fina baldosa de Onda, imitaciones de mármol, cenefas floridas, zócalos cocidos a mil grados que llegaban hasta el antiguo establo arrasando el gallinero. En el corral se plantó un sauce llorón y se levantó una pequeña fuente con chorrillo, toda de azulejo de Manises. Las vigas del techo se taparon con escayola imitando una tarta de merengue boca abajo. La chimenea de los abuelos fue abatida, los viejos labradores compraron por primera vez un tresillo forrado de skay y donde antes estaba el llar ahora entronizaron el televisor de cien mil pulgadas porque

no lo había más grande. Todo estaba ya preparado para la gran revolución, ese instante supremo en que el pequeño propietario de pueblo se decidió a cambiar el excusado ancestral por un cuarto de baño con material de Roca. Eso marcaba el peldaño decisivo en la ascensión de clases, aunque luego el retréte no se usara. A todo esto el seat ya estaba en el lugar del asno y la televisión bombardeaba los cráneos hasta que consiguió llenar todos los aparadores, consolas, cocinas, mesillas de noche, repisas, mesas de centro y salitas de estar con los mismos cacharros que hay desde Cádiz a Gerona. La ciudad de Valencia perdió también aquel olor a pueblo, mujeres de negro con las hanegadas de naranjos asomándoles por las orejas que entraban en las joyerías de la calle de San Vicente, huertanos que llegaban de visita al médico de la capital y se sentaban en los bancos de las plazas a esperar la salida del autobús hacia el pueblo, los tranvías con jardinera, el so-

nido de canónigos, las campanadas de la catedral.

Todo está planchado y bien planchado. Nuestro paraíso es ese conglomerado sensitivo anterior al ataque industrial. El paraíso es la provincia de nuestra niñez. Debajo del prurito autonómico late la nostalgia por recuperar aquellos olores, sabores, sonidos, paisajes y caricias esfumadas de nuestra infancia. El centralista vuelve al pueblo, el viejo esteta llega al campo, aquel descubridor de cachivaches rastrea otra vez las rutas de los anticuarios. Ya no hay nada. Todo lo que ha pasado en estos años es que en la calle Serrano de Madrid se venden alpargatas de esparto y en las discotecas de moda la clientela se sienta en sillas de enea y bebe a porrón, mientras que en los pueblos los labradores, toman el fresco a la puerta de casa sentados en una falsa sillería Luis XV. La provincia es otra vez cualquier escaparate de Velázquez esquina a Goya. ■